

«LA ESPAÑA DE LA TRANSICIÓN»

■ Análisis del profesor Víctor Pérez Díaz

Sobre «La España de la transición», Víctor Pérez Díaz, catedrático de Sociología de la Universidad Complutense, impartió, del 22 al 31 del pasado enero, un ciclo de conferencias en la Fundación. Repasar algunos de los problemas cruciales de la historia española en los últimos diez años, señalando algunos de sus logros y de sus límites, y en sus diversos marcos cultural, político, económico y de comportamiento social, fue el objetivo de estas conferencias del profesor Pérez Díaz, para quien los españoles, en estos años, «hemos sido capaces de una transición política en muchos sentidos admirable, de una mutación cultural hacia el sentido común y la tolerancia, manteniendo e incluso mejorando el clima social del país».

Ofrecemos a continuación un extracto de estas lecciones.

Aunque demasiado próximos, quizá, para hacerles justicia, creo que los acontecimientos de estos años contienen la respuesta a cuatro siglos de incertidumbres españolas. Entre los años 1520 y los 1570 España tomó decisiones cuyos efectos han gravitado sobre los cuatro siglos siguientes; y el núcleo central de estas decisiones fue el de fijar nuestro rumbo en dirección distinta a la del resto de Europa occidental y el de iniciar una historia desincronizada con la historia europea.

Es justamente ahora, en estos años de la transición, cuando se cierra, aparentemente, este pro-



VÍCTOR PÉREZ DÍAZ es, desde 1981, catedrático de Sociología de la Universidad Complutense y Director del Departamento de Investigaciones Sociales de la Fundación «Fondo para la Investigación Económica y Social» (FIES), de la Confederación Española de Cajas de Ahorro. Anteriormente fue director de Estudios Asociado en la Ecole des Hautes Etudes en Science Sociale, de París, y Profesor de Ciencia Política en la Universidad de California en San Diego. Entre sus publicaciones figuran *Cambio tecnológico y procesos educativos en España*; *Clase obrera, orden social y conciencia de clase*; *Introducción a la Sociología: concepto y método de la ciencia social en su historia*; y *Marx, economía y moral* (como coautor).

ceso de desincronización. Por primera vez en nuestra historia pertenecemos a Europa no por voluntad de pertenecer ni por nuestra ubicación geográfica, sino por lo que somos y lo que hemos hecho de nosotros mismos. La transición política ha

sido y es la pieza clave y final de esta incorporación a Europa. Con ella España se ha puesto a la hora europea.

¿Por qué y cómo ha sido posible esta operación de sincronización? En primer lugar, el éxito de la transición se explica, en parte, por las condiciones favorables del contexto mundial. Esta tesis implica una posición netamente contraria a la de quienes afirman que hemos coincidido con un momento de crisis *radical* de la democracia liberal en el mundo, del capitalismo o de la cultura occidental.

Hoy es casi unánime la conciencia europea de que no hay alternativa deseable a la democracia liberal, y en esta conciencia ha tenido gran influencia el contraste que hay entre una serie de acontecimientos ocurridos en el mundo occidental y los acaecidos en el mundo socialista. Signo y efecto de este contraste ha sido la respuesta europea al despegue armamentista de la URSS. Este contexto político y geopolítico ha fijado claramente en la mentalidad de los españoles el objetivo moral de la creación de una democracia liberal. Ha ofrecido a España un proyecto concreto de incorporación institucional a través de las comunidades europeas y del sistema defensivo de alianzas y ha proporcionado múltiples apoyos específicos a las operaciones de la transición.

Pero si el contexto geopolítico nos ha ayudado, no está tan claro que haya ocurrido lo mismo con el contexto de la economía mundial. Se ha hablado de una crisis profunda, aunque esta es una cuestión de proporciones. La economía capitalista, en su conjunto, sigue creciendo, ha superado sus pro-

blemas más graves o se muestra capaz de vivir con ellos manteniendo una salud envidiable. El éxito de las economías europeas en general, incluso la española, muestra que el capitalismo ha tenido éxito. En definitiva, si bien es cierto que el período de transición ha coincidido con un momento de crisis de la economía capitalista, ésta es sólo parte de la historia. La crisis no está haciendo desmoronarse el sistema: está obligando a éste a adaptarse.

En cuanto a la situación cultural, se ve en la crisis la promesa de un cambio y el derrumbamiento de un orden o de una forma de vida regresiva, obsoleta. La crisis de las ideologías de izquierda y de esa gran matriz de ideologías de derechas que ha sido durante siglos la iglesia católica ha abierto el espacio para la autoafirmación de la cultura occidental y de sus valores centrales, el racionalismo y el individualismo moral, sobre los cuales se fundamenta una sociedad libre, igual y solidaria.

Compárese esta situación con la de los años treinta, el momento en que España intentó otro experimento de iniciar y consolidar un régimen democrático. Entonces el sistema internacional estaba dominado por una tensión tripolar, con dos totalitarismos y un bloque débilmente integrado de democracia liberal. Un sistema inherentemente inestable, cuyas democracias liberales estaban amenazadas en su interior por importantes corrientes extremistas de derecha e izquierda. La República sufrió las consecuencias de aparecer en esta coyuntura: los efectos de la tensión internacional, la fascinación de los jóvenes por el fascismo y el

comunismo, la debilidad interna y la indecisión de las democracias, los efectos de la crisis económica, la beligerancia de los adversarios ideológicos, de la iglesia y del anticlericalismo militante.

Ahora bien: la transición se ha logrado porque al carácter favorable de la hora internacional se ha unido una hora favorable también en el proceso de desarrollo y maduración histórica de los españoles.

Las bases culturales

¿Qué características culturales tienen las generaciones actuales de españoles, en qué se diferencian de las de los años 30, qué efectos han tenido sobre la transición, cómo han evolucionado a lo largo de estos años? En primer lugar, es evidente que el estilo de los grupos dirigentes de la transición, de los líderes políticos, por ejemplo, contrasta con el de los de la II República, que fue una experiencia marcada por el disenso y la confrontación política, social y religiosa.

La España de hoy está relativamente desideologizada. Las clases intelectuales han ido difuminando sus esquemas ideológicos y el país se ha instalado en una actitud pragmática, posibilista, realista, razonable, pero sin la tensión ideológica ni la crispación psicológica de otros tiempos.

Si durante algún tiempo el marxismo fue un factor de estímulo de la vida intelectual española, más allá de un punto, ese progresismo derivó hacia un ensayismo difuso y moralizante, que tuvo influencia en tanto se mantuvo la lucha antifranquista, pero que dejó de tenerla con la consolidación de la libertad.

Para sobrevivir como teoría, el marxismo —tanto en España como en el resto del mundo— ha debido buscarse un hueco dentro del territorio de la ciencia; del mismo modo que la religión y la teología, para decir algo sobre este mundo, han tenido que hacerse compatibles con los conocimientos científicos.

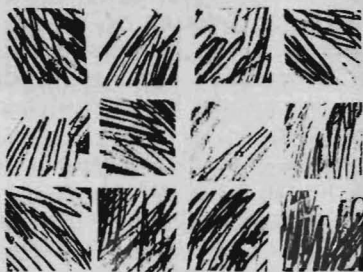
De modo que la reconciliación *de facto* de las organizaciones de izquierda con la sociedad liberal, la democracia representativa y el mercado, ha tenido el acompañamiento de las reconciliaciones privadas de los individuos miembros de esas organizaciones. El modo y el estilo de las clases medias asalariadas o profesionales hoy en el mundo, sus ambiciones económicas y de trabajo, sus deseos de autonomía en la vida privada, sus aspiraciones de status dentro de ciertos límites, sus estrategias familiares, incluidas las de alianza matrimonial y de triunfo escolar de los hijos: en todo esto la inmensa mayoría de las gentes de izquierda son difícilmente distinguibles del resto de las clases medias. No en vano la vida privada es para casi todos lo más importante.

Vistos hoy, a la altura de los años 80, los valores de los españoles parecen semejantes a los de los europeos. Sus diferencias son de grado, pero no de naturaleza. Su interés por la política es moderado. En general, se declaran bastante satisfechos de su vida familiar, de su empleo y situación profesional.

Este proceso de mutación de las costumbres a lo largo de los años 60 puede ser caracterizado como un proceso de desdramatización de la vida y de reblandecimiento general de las estructuras de autoridad.

La España de la transición

VÍCTOR PÉREZ DÍAZ



ENERO 1985

Martes, 22
LA HORA DE LA TRANSICIÓN

Jueves, 24
LAS BASES CULTURALES DE LA SOCIEDAD ESPAÑOLA

Martes, 29
SOCIEDAD CIVIL, ESTADO Y DEMOCRACIA

La España de la transición ha sido y es una España relativamente desideologizada, europea, homogénea, moderadamente privatizada o centrada en la familia, relativamente también satisfecha y pacificada, poco agresiva y poco autoritaria al menos por comparación con nuestro pasado. Ello ha asegurado el clima moral y emocional necesario para llevar a cabo los múltiples pactos del proceso de transición y para soportar los sobresaltos casi continuos: choques de precios energéticos, amenazas de golpes militares, terrorismo, elecciones casi continuas, colapso de un partido de gobierno.

Esta relativa «normalidad» de la España de estos años tiene, sin embargo, su contrapartida, la otra cara de la moneda: las limitaciones de las bases culturales, especialmente cognitivas y morales, de la sociedad española de la transición. Tenemos una democracia liberal, un Estado de las autonomías, un capitalismo relativamente avanzado, una cultura plural y, probablemente pronto, un país integrado en Europa. Todos estos son nuestros triunfos. Pero, ¿de qué calidad son estos triunfos? ¿Cuál es nuestra creatividad cultural y científica de estos años, la calidad de nuestra democracia, la visión de Estado de nuestra clase política, la capacidad de la sociedad civil para superar su semiapatía política, para generar asociaciones estables, para mantener abiertos los mercados y dar así el máximo juego posible a la libertad de los individuos? ¿Cuál es la productividad de nuestro aparato industrial, la competitividad de nuestras empresas, la calidad de nuestros productos, de nuestras

universidades, de nuestros hospitales?

El modo de persuasión de los políticos españoles parece ser el de la construcción sistemática de conjuntos borrosos. Cierto que la ambigüedad ha sido un ingrediente importante de la transición: el régimen autoritario dio paso a la democracia de tal modo que la derecha semifingió que mantenía la legalidad, mientras que la izquierda semifingía que provocaba la ruptura.

El teatro de la reconciliación

La clase política española ha resultado de la confluencia de dos segmentos, procedente uno del antifranquismo y otro del franquismo. El primero arranca de aquella generación de hijos de clases medias que comenzaron a estudiar en la Universidad española en los años 50 y 60, y reaccionaron contra el carácter autoritario, capitalista y centralista del régimen con una actitud favorable a la democracia, el socialismo y la autonomía regional. Al concentrar su

atención en el derrocamiento del régimen, se dieron cuenta, sobre todo, de que debían de hacer un pacto de no agresión dentro de la clase política. Fueron así dando sus pasos en el proceso de desdibujamiento ideológico, pragmatismo y conciliación. Por su parte, el otro segmento, el franquista, experimentó en el proceso de reconciliación nacional, un proceso convergente que suponía al tiempo una reforma política y el mantenimiento de la paz y la seguridad jurídica, o en otros términos, del orden económico y social existente, con alteraciones menores.

El punto de arranque de la clase política fue la debilidad de sus recursos organizativos: la debilidad de los partidos. Algunos ven en esto la clave de una falta de profundización de la democracia; muchos hablan quejumbrosamente de desencanto, apatía y desinterés político. Sin embargo, los indicios de participación convencional en la política, según las encuestas, son sólo ligeramente inferiores a las de otros países. El fenómeno llamado del «desencanto», en sentido estricto, sólo puede observarse en el período 1979/80. No ha habido, en términos generales, ni tanto desinterés ni desencanto.

Los principales partidos políticos de España se han orientado y se orientan sistemáticamente hacia el centro: un centro-izquierda o un centro-derecha. Son y pretenden ser, todos, interclasistas. Es difícil imaginar, pues, cómo cada partido puede ir constituyendo una masa amplia de seguidores partidistas en torno a un cuerpo programático. Faltos los partidos de líderes carismáticos, esta

ausencia ha sido un dato característico de la transición, porque por su propia naturaleza la transición ha debido ser protagonizada por personas sin un pasado heroico. Falta, además, en España una tradición partidista, como consecuencia de la guerra y del régimen franquista. En esto España se distingue de las otras democracias liberales.

Con bases organizativas y debiendo contar con las grandes fuerzas de la sociedad civil, la clase política acometió con carácter prioritario la construcción de la democracia liberal y decidió que era preciso una política continuada de acuerdos políticos y sociales durante varios años. De este modo, los políticos han construido y representado, semideliberadamente, un teatro de la conciliación que quedará como uno de sus mayores aciertos, que ha generado, a su vez, emociones colectivas indispensables para la sustentación del Estado y la sociedad que corresponden al modelo de democracia liberal.

Crisis económica y formas de vida

El comportamiento de la economía española de estos años, e incluso de nuestra política económica, ha sido una variante de la economía europea, con su mayor peso relativo del sector público, sus actividades y sus regulaciones, del estado de bienestar y de los sindicatos, y también con su mayor dificultad para el ajuste en las circunstancias críticas de estos años. Mirando hacia el futuro, quizá podamos considerar que el deterioro de nuestro aparato productivo no es trágico. Hemos

aprendido el valor de un sistema institucionalizado de negociaciones que, reflejando un equilibrio complejo y cambiante entre varias fuerzas políticas, económicas y sociales, ha permitido la constitución de un clima de relativa confianza entre las partes, reforzado la democracia, mejorado el grado de legitimidad del capitalismo y evitado una escisión y una desmoralización del cuerpo social.

Hemos aprendido que no podemos redistribuir más allá de un límite en épocas de crisis si queremos relanzar la inversión. No hemos aprendido, en cambio, a ampliar el círculo de solidaridad a los parados; ni está claro que hayamos aprendido la lección de la competencia en el mercado mundial, ni anticipado los problemas de nuestra entrada inminente en el Mercado Común, ni entendido la necesidad de compensar nuestra inferioridad en recursos energéticos y en tecnología, ni en la cualificación de nuestros recursos humanos.

No se avanza formulando un dilema, como hacen algunos hombres públicos, entre el colectivismo, que quiere asfixiar la libertad, y el liberalismo salvaje de las políticas monetarias insolidarias y despiadadas. El dilema es más bien entre versiones mucho más pragmáticas y moderadas: a) entre una economía altamente regulada, con un sector público que absorbe el 45 por 100 o más de la renta del país (como ocurre en la España de hoy), aunque respetuosa de un todavía amplísimo sector privado y de las líneas maestras de la economía de mercado; y b) una economía menos reguladora de las actividades y con menos sector pú-

blico, es decir, más una economía liberal, aunque respetuosa de lo fundamental del Estado de bienestar y de la actuación de los sindicatos.

En estos años de la transición hemos obtenido una respuesta al interrogante de qué éramos capaces de hacer cuando fuéramos libres. Hemos construido el país que éramos. Más pacíficos, sensatos y persistentes que lo que sugería el estereotipo secular de los españoles excesivos, grandilocuentes y violentos. Ha habido logros importantes. Hemos sido capaces de una transición política en muchos sentidos admirable y de una mutación cultural hacia el sentido común y la tolerancia; y hemos atravesado el desierto de la crisis económica manteniendo, e incluso mejorando, el clima social del país.

Estos logros son, sin embargo, también testimonio de nuestros límites. El problema de España y de la superación de estos límites no es un problema de quien nos gobierna. El protagonismo en lo que concierne a la sustancia de la vida española pertenece a la sociedad: a todos y cada uno de los individuos de la comunidad. Y la libertad se hace y se construye no alternando entre el arrebató de la denuncia y la apatía, sino a través del esfuerzo de razonar, de decidir por uno mismo y de comprometerse moralmente a una acción. Porque el proyecto de una sociedad libre como tal se asienta, a mi juicio, no sobre la potencia de nuestra economía, ni la letra de nuestras instituciones, ni el acierto de nuestros políticos, sino sobre la inteligencia y la energía moral y la capacidad emocional de los españoles. ■